

Nada más real que un cuerpo

A*

Alexandria

Marzano-Lesnevich

Nada más real que un cuerpo

Un asesinato y unas memorias

Traducción de Flora Casas

Primera edición, 2018

Título original: *The Fact of a Body: A Murder & A Memoir*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 2017 by Alexandria Marzano-Lesnevich

© de la traducción, Flora Casas Vaca, 2018

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Imagen de cubierta: © Robin Beckham/BEEPStock/Alamy Stock Photo

Imagen de la autora: © Joanna Eldredge Morrissey

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-17007-59-1

Depósito legal: B.22.761-2018

Impreso por Liberdúplex

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de colección: Enric Jardí

Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para mis padres

NOTA SOBRE LAS FUENTES

He reconstruido la vida de Ricky Langley a partir de una serie de documentos judiciales, transcripciones, artículos de prensa, reportajes de televisión y una obra de teatro basada en entrevistas. En ese repertorio tan extenso, en muchos casos me topé con dos o más datos contradictorios y tuve que elegir uno para elaborar una narración coherente. En muchos más casos decidí incluir datos y argumentos opuestos, deslices y omisiones y sacar a la luz todas las contradicciones y lagunas. En el capítulo «Fuentes consultadas», al final del libro, se detalla la información sobre las fuentes.

Para cada acontecimiento que recojo en el libro cuento con la declaración de al menos una persona que da fe de que aquello ocurrió y de su descripción del hecho en cuestión, o, si no, se trata de un acontecimiento compuesto por las diversas descripciones que se detallan en «Fuentes consultadas». Cuando he trabajado a partir de una transcripción, he modificado los diálogos por razones de claridad y ritmo. Gran parte de los acontecimientos que narro se produjeron en público y la prensa les prestó mucha atención, pero de todos modos he cambiado algunos nombres. Los dos viajes de investigación en los que se apoya la tercera parte del libro en realidad fueron muchos viajes, hace varios años. Los he condensado, pero los acontecimientos na-

rrados tuvieron lugar tal como se narran.

Si bien no he inventado ni cambiado los hechos y me he atenido a la documentación que he utilizado como fuente de este libro, en ocasiones he estratificado mi imaginación para llegar al registro desnudo del pasado y darle vida. Se aclara dónde he hecho esto en «Fuentes consultadas», al final del libro. En todos los casos presento mi interpretación de los hechos, mi tentativa de reunir las piezas de esta historia.

Como tal, este es un libro sobre lo que ocurrió, sí, pero también sobre lo que hacemos nosotros con lo que ocurrió. Trata de un asesinato, de mi familia, de otras familias a cuyas vidas afectó el asesinato. Pero por encima de todo, trata de cómo entendemos nuestras vidas, el pasado y los unos a los otros. Para ello, todos construimos historias.

AVISO LEGAL

Este libro no ha sido autorizado por el Centro de Asistencia para la Pena Capital de Luisiana ni por sus clientes, y las opiniones expresadas por la autora no reflejan sino las opiniones y posturas de la autora. La descripción hecha por la autora de cualesquiera procedimientos judiciales, incluyendo la de las posturas de las partes y los acontecimientos y circunstancias de los delitos imputados, está tomada únicamente del registro judicial, otras fuentes de información accesibles al público y las investigaciones de la autora.

Prólogo

Siempre es posible que la solución de un
misterio resuelva otro.

TRUMAN CAPOTE, *A sangre fría*

Era nuestro Ricky, y ya está.

DARLENE LANGLEY, hermana de Ricky Langley

Existe un principio en el derecho llamado causa inmediata que se enseña a los estudiantes de primero de derecho con el caso *Palsgraf contra Long Island Railroad Co.* Una señora está en el extremo de un andén de tren. Imaginémosla: corre el año 1924, Helen Palsgraf va a llevar a sus dos hijas a la playa de Rockaway a pasar la tarde. Es un día muy caluroso, y la casa adosada de ladrillo en la que viven las niñas, su hermano mayor y sus padres es sofocante. Sin colegio ni nada que hacer, las niñas no paran de quejarse, y Helen al final decide llevarlas a la playa. Quizá se haya puesto un vestido de algodón encima del bañador y un sombrero de paja de ala ancha para protegerse del sol. Se apoya en una de las columnas del andén y se abanica con el sombrero. A unos metros, las niñas juegan con la muñeca que se ha llevado una de ellas. Helen las observa distraídamente.

En el otro extremo del andén, a unos diez metros, un joven echa a correr para alcanzar el tren que está arrancando, un expreso en dirección al barrio de Jamaica, en Queens. Quizá tenga planes con sus amigos de allí para irse de juerga por la noche. Beberán cerveza; oirán tocar a una banda; bailarán con chicas guapas. A lo mejor incluso besa a la chica de la que le ha hablado su primo, un pibón de Connecticut. Está con otros dos jóvenes, y todos corren hacia el tren, pero el

hombre que nos ocupa lleva debajo del brazo un delgado paquete, de unos cuarenta centímetros de largo, envuelto en papel de periódico.

El tren ya está saliendo de la estación; sus grandes ruedas metálicas giran a velocidad creciente, pero el hombre no quiere perderse la noche. Corre más rápido. ¿Lo conseguirá?

El tren sale. Queda un hueco entre el andén y él.

El hombre salta.

Por la portezuela del tren se asoma un revisor, lo agarra por el brazo y lo ayuda. En el andén, un mozo le da un empujón. El hombre aterriza sano y salvo en el tren.

Pero se le cae el paquete, y cuando impacta con el suelo, explota. El paquete contenía fuegos artificiales.

A la mañana siguiente los periódicos hablan de docenas de heridos. A una adolescente le ardió el pelo. Una mujer y su hija sufrieron cortes en brazos y piernas. Y en el otro extremo del andén, una gran báscula metálica para pesar los equipajes dio una sacudida y se tambaleó. La mujer que estaba debajo, con un ancho sombrero de paja, gritó. La báscula se desplomó sobre ella.

Cuando la señora Palsgraf se recupera, demanda al ferrocarril por lesiones.

¿Qué causó sus lesiones? Empecemos por la caída de la báscula. Esto es lo que en derecho se denomina hecho causante: si la báscula no se hubiera caído, la señora Palsgraf no habría sufrido lesiones.

Pero hay un problema. Las básculas no se caen así, sin más. La caída la causó la explosión.

Y las explosiones no se producen así, sin más. La explosión la causaron los fuegos artificiales del joven.

Pero los fuegos artificiales no se disparan así como así. Al empujarlo, el mozo hizo que al joven se le cayeran los fuegos artificiales. Las lesiones de la señora Palsgraf deben ser culpa del mozo y, por consiguiente, del ferrocarril que lo emplea.

Todas estas causas posibles son hechos causantes. Y son infinitos. La idea de la causa inmediata puede ser una solución. La labor del derecho consiste en averiguar el origen del relato, en asignar responsabilidades. La causa inmediata es la única que, según el derecho, realmente importa. La única que hace del relato lo que es.

En mi recuerdo hay una habitación oscura y cavernosa, con tubos fluorescentes débilmente iluminados en el centro. En las paredes, las hileras de libros encuadernados en cuero llegan hasta el techo; en los colores apagados de los lomos se alternan el azul de una bandera vieja, el verde del mar y el rojo de la sangre seca. Los libros son registros legales, los mismos libros de las bibliotecas de todos los bufetes de abogados del país que albergan sentencias judiciales. Cada uno de ellos contiene incontables historias, incontables vidas, quién hizo qué y quién tuvo que pagar por ello.

Imagínenme a mí allí. En junio de 2003, con veinticinco años. He pasado la última semana encorvada sobre una mesa de una biblioteca con olor a madera vieja realizando las pruebas de los exámenes para acabar el primer año de derecho en Harvard. Ayer subí a un avión que me llevó al sur, a Nueva Orleans, y al desembarcar el aire me dio un bofetón caliente y húmedo. He venido al sur a luchar contra la pena de muerte haciendo prácticas en un bufete que defiende a acusados de asesinato. Me siento orgullosa del trabajo que quiero hacer, y también asustada. Mi conocimiento del derecho procede únicamente de los libros y de las historias de los clientes que mis padres, abogados los dos, compartieron conmigo en la adolescencia. Eran disputas por la custodia, errores médicos, caídas, un asesinato en una ocasión, pero nada parecido a una pena de muerte. Nada parecido a lo que imaginaba que sería Nueva Orleans, sumida en una oleada de delitos ese verano.

En las noticias de anoche, cinta amarilla de seguridad pegada a una puerta cerrada. Esta mañana, los puestos de periódicos están a reventar de titulares siniestros sobre crímenes en Baronne Street. En los estantes de la biblioteca, debajo de los registros de las causas, hay folletos fotocopiados, cada uno de ellos plastificado y con las páginas unidas con anillas de plástico. Sé que detallan los pasos que da el Estado para una ejecución. En esta sala se defienden vidas.

No paro de moverme en la silla plegable de metal. El traje marrón que me he puesto es demasiado abrigado para Nueva Orleans: empiezo a notar el sudor que me perla la frente. En eso se centra mi atención en este momento, en la ropa y en lo mal que me siento con ella.

Una mujer se dirige a la cabecera de la mesa de juntas con un videocasete en la mano, para que lo veamos todos los estudiantes en prácticas. Es desenvuelta, segura de sí misma, y va vestida con una sencilla falda negra y una camisa blanca que parece recién planchada a pesar del calor. «Es la confesión del hombre cuya causa acaba de ser revisada, se grabó en 1992», dice. Tiene una voz aguda y acento británico, y lleva el pelo recogido en un moño como un personaje de las hermanas Brontë. «Hace nueve años lo condenaron a muerte, pero ahora el jurado lo ha condenado a cadena perpetua. Por favor, las luces», le dice a otro abogado.

Hecho causante, esta cinta. Si no hubiera visto la cara del hombre en el video, si no le hubiera oído describir lo que había hecho, podría haber seguido siendo un nombre más.

Hecho causante, que ella me enseñara el video. Ya han pasado doce años desde aquel día en el bufete, y quisiera retroceder en el tiempo y decirle: no, ese hombre no es mi cliente, nunca será mi cliente. No me hace ninguna falta ver este video. El niño al que mató ya está muerto. Ya han condenado a ese hombre por

asesinato. Todo lo que ocurrió ya está hecho. No me hace falta ver el video.

O remontarme aún más en el tiempo. Hecho causante: hubiera podido elegir no venir al sur, a este despacho. Hubiera podido elegir no cuestionar, no confrontar mis convicciones. Hubiera podido no remover mi pasado.

¿Y si no hubiera ido a la facultad de derecho? ¿Y si no hubiera encontrado un libro sobre la facultad de derecho en la librería de mi padre una tarde que estaba en casa enferma y no había ido al colegio, cuando tenía trece años? El mes en que leí y releí aquel libro, el mes en que soñaba con mi futuro, un niño rubio llamó a la puerta de la casa de su vecina en Luisiana. Le abrió el hombre del video.

Llevo ya más de diez años con esta historia, una historia que, de haber sucedido las cosas de una manera ligeramente distinta, quizá nunca hubiera descubierto. He leído la transcripción de esa confesión tantas veces que he perdido la cuenta, y también las transcripciones de sus demás confesiones. Conozco las palabras de ese hombre mejor que las que yo he escrito. Retrocediendo en el tiempo con las transcripciones, he encontrado el sitio en el que vivió y en el que mató al niño rubio, y la gasolinera en la que trabajó y donde más adelante lo detuvieron. Con las transcripciones, y visitando los lugares de Luisiana donde ocurrieron los acontecimientos de la vida de ese hombre, me he imaginado a su madre, sus hermanas, a la madre del niño, a todos los personajes del pasado. Y he recorrido la larga y solitaria carretera desde Nueva Orleans hasta la cárcel del estado de Luisiana, llamada Angola. Me he sentado enfrente de ese hombre, el asesino, en una sala de visitas, y he mirado los mismos ojos que aparecen en este video.

Este video me empujó a replantearme todo lo que yo creía, no solo en relación al derecho, sino a mi familia y mi pasado. Quizá hubiera sido mejor no haberlo visto. Quizá hubiera deseado que mi vida se quedara en la sencillez de un tiempo anterior.

Mete la cinta de video en el reproductor y retrocede. La pantalla del viejo televisor parpadea. Aparece poco a poco un hombre sentado. Piel pálida, mandíbula cuadrada, orejas de soplillo. Gafas redondas, de culo de vaso. Mono naranja. Las manos esposadas, sobre las piernas.

—Diga cómo se llama —ordena una voz profunda fuera de cámara.

—Ricky Langley —dice el hombre.

PRIMERA PARTE
El crimen

Uno

Luisiana, 1992

El chico lleva pantalones de chándal del color de un lago de Luisiana. Más adelante, el atestado policial indicará que era azul, a pesar de que en todas las descripciones posteriores la madre insiste en llamarlo verde mar o turquesa. Lleva el mismo tipo de botas embarradas que todos los chicos en esta parte del estado, perfectas para jugar en el bosque. Con una manita aprieta una escopeta de aire comprimido la mitad de larga que él. La escopeta es del modelo Daisy, con el cañón de plástico marrón, y el niño lo mantiene tan brillante como si fuera de auténtico metal. Hijo único de madre soltera, Jeremy Guillory está acostumbrado a mudarse de casa con frecuencia, a dormir en habitaciones que no son la suya. Todos los amigos de su madre tienen casas alquiladas en la misma calle sin salida que el casero llama Watson Road siempre que quiere subir el alquiler, aunque en realidad no tiene nombre e incluso la policía del pueblo necesitará indicaciones para encontrarla. Los vecinos que vinieron de Iowa le pusieron al pueblo el nombre de su estado natal, pero, en su deseo de empezar de nuevo, lo pronunciaban con una *i* final, aunque lo escribían igual. El pueblo siempre ha sido un sitio al que la gente va para empezar de nuevo, un sitio en el que no pueden dejar del todo atrás el pasado. El chico y su madre

se alojan con quien pueda pagar el recibo de la electricidad un mes, con quien pueda tener gas al mes siguiente. Adondequiera que va el niño, se lleva su escopeta. Es su bien máspreciado.

Es la primera semana de febrero. Las hojas de los árboles están verdes y lozanas, pero por la noche baja la temperatura. Lorilei, la madre de Jeremy, no trabaja. Alquiló una casa para los dos solos —la primera—, pero les han cortado la electricidad. Su hermano Richard vive en una casa que está ampliando al final de la cuesta, pero ella no vive con él. Lorilei y Jeremy están en casa de Melissa, amiga de Lorilei, su novio, Michael, y su hijo. El niño tiene dos años, edad suficiente para querer jugar con Jeremy, y chilla cuando no le hacen caso.

Hoy el niño está berreando. Jeremy, de seis años, acaba de volver de la escuela de primaria en el autobús amarillo y se toma la merienda a toda prisa, soñando con librarse del ruido, soñando con lo bien que se lo puede pasar en el bosque.

Al final de la calle hay una casa blanca destartalada, y detrás está el bosque. El bosque es denso, de hoja caduca, pantanoso, de ese tipo en que las hojas en descomposición se mezclan con la tierra y el suelo cede blandamente bajo los pies. Aunque es muy pequeño, con solo un barranco como una cicatriz en la tierra, es un lugar único para jugar a la guerra o soñar con esconderse para siempre. El bosque es el paraje preferido de Jeremy para jugar.

Le pide la escopeta a su madre. Ella la baja del estante donde la guarda para que no la alcance el niño más pequeño y se la da. Jeremy sale corriendo de la casa. En la casa blanca al lado del bosque viven dos niños casi de su edad, un chico llamado Joey y una chica llamada June, y aunque a Jeremy le gusta explorar a su aire, es más divertido cuando Joey puede ir con él. Llega a la puerta de la casa y llama.

Abre un hombre. El hombre lleva gafas de cristales gruesos. Tiene la cabeza pequeña y las orejas grandes, de soplillo. Con poco más de sesenta kilos, Ricky Joseph Langley, de veintiséis

años, es menudo para un adulto, pero de todos modos mucho más grande que el niño. También él se crio en ese pueblo. Le han alquilado una habitación los padres de Joey y June, a los que conoció cuando empezó a trabajar con Pearl, la madre de los niños, en el Fuel Stop de la autopista. Supuestamente tiene que pagarle a Pearl cincuenta dólares a la semana, pero nunca ha podido. Compensa la falta de dinero haciendo de canguro. Hace unos días cuidó a Joey y a Jeremy. Les llevó jabón cuando estaban bañándose.

—¿Está Joey? —pregunta Jeremy.

—No —contesta Ricky—. Se han ido a pescar. —Es verdad. Joey y su padre habían metido las cañas en el coche veinte minutos antes y se habían ido al lago. Estarían fuera toda la tarde—. Pero volverán pronto —dice Ricky—. Pasa si quieres y lo esperas aquí.

Jeremy juega en esa casa todas las semanas. Conoce a Ricky. Sin embargo, vacila.

—¿Por qué no pasas? —vuelve a decir Ricky.

Abre más la puerta y se da la vuelta. Jeremy entra, deja la escopeta cuidadosamente apoyada contra una pared del zaguán y sube las escaleras hasta la habitación de Joey. Se sienta en el suelo con las piernas cruzadas y se pone a jugar.

Ricky sube las escaleras detrás de él. Solo quiere mirar a Jeremy mientras juega: eso dirá más adelante, más adelante lo jurará. Pero al mirar algo cambia en él, y a partir de ese momento es como si viviera un sueño. Se pone detrás de Jeremy, le rodea el cuello con el antebrazo y lo levanta en el aire. Jeremy patalea tan fuerte que se le caen las botas. Ricky aprieta.

Jeremy deja de respirar.

Es posible que entonces Ricky lo toque; es posible que ahora pueda reconocer lo que quería desde que vio a Jeremy en el baño. Quizá no. En todo lo que ocurrirá a partir de aquel momento —los tres juicios diferentes y las tres confesiones distintas grabadas en video, la prueba de ADN, los análisis serológicos y

los análisis de fluidos corporales y todas las declaraciones juradas—, nadie sino Ricky tendrá certeza alguna.

Ricky recoge a Jeremy, lo mece como si solo estuviera dormido y lo lleva a su habitación. Lo tiende sobre el colchón. Cubre a Jeremy —no; ya es un cadáver—, cubre el cadáver con una manta azul con la cara de Dick Tracy, el detective del cómic. Después se sienta en el borde de la cama y acaricia el pelo rubio.

Lllaman a la puerta de abajo. Ricky baja a abrir. En el zaguán hay una mujer joven. Tiene el pelo de ese tono castaño que en muchos casos fue rubio en la infancia.

—¿Has visto a mi hijo?

Cuando Lorilei hace la pregunta está embarazada de tres meses.

—¿Quién es su hijo? —pregunta Ricky.

—Jeremy —contesta ella, y Ricky cae en la cuenta de que ya lo sabía.

—Pues no —dice Ricky—. No lo he visto.

Lorilei suspira.

—Bueno, a lo mejor ha ido a casa de mi hermano.

—A lo mejor —repite Ricky—. Pero ¿por qué no pasa? Puede llamar por teléfono desde aquí. Llame a su hermano.

—Gracias.

Lorilei entra. A la derecha, apoyada contra la pared, hay una escopeta del modelo Daisy, con el largo cañón marrón brillante y liso.

Pero Lorilei va a la izquierda. No ve la escopeta. Ricky le ofrece el teléfono y Lorilei marca un número, para buscar a su hijo.

CONFESIÓN GRABADA DE RICKY JOSEPH LANGLEY, 1992

P: ¿Sabe usted por qué mató a Jeremy?

R: No. Yo no... Yo ni siquiera pensé que podría, o sea, es la primera vez.

P: ¿Y por qué decidió hacerlo?

R: No sabría decirle. Todavía sigo dándole vueltas a la cabeza, intentando entenderlo, o sea, es como si supiera que lo hice, pero al mismo tiempo es como algo que lees en el periódico.

P: ¿Una especie de sueño, Ricky?

R: Supongo. En realidad no... No sé cómo se supone que tengo que actuar.

P: Pero ¿sabe que lo hizo?

R: Sí.

P: Ya ha tenido problemas con niños en el pasado.

R: Sí.

P: ¿Quiere hablarme de ellos?

R: Es que... No puedo explicarlo. Supongo que es mi destino... Vale, sí, es verdad.